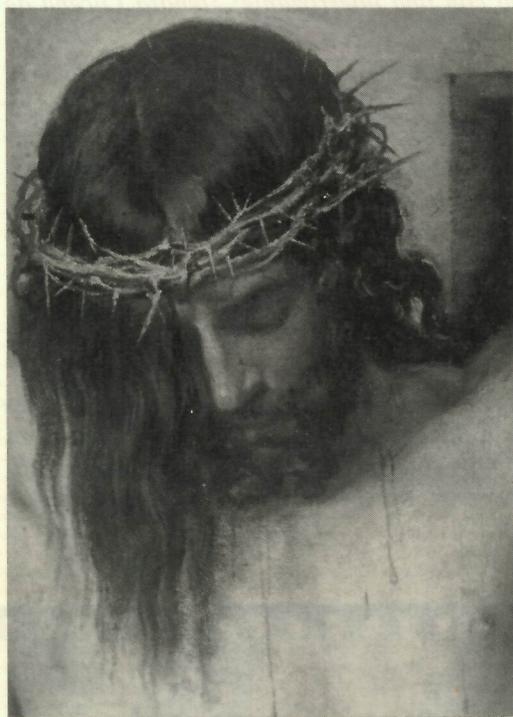


Ante el Cristo de Velázquez



¿Qué piensas Tú, muerto, Cristo mio?, preguntaba de forma desgarrada, acuciado por la duda, angustiado por la desesperanza y, tal vez, por el miedo, el paradójico y contradictorio Don Miguel de Unamuno, mientras contemplaba el Cristo crucificado que, con espléndida maestría, pintara Velázquez.

Después, pasados los primeros momentos de estupor y urgido por incontrolados anhelos de supervivencia, el propio poeta ensaya, o encuentra, las respuestas que le sugiere —o quizá le dicta— el rostro lívido de Cristo, en un mudo coloquio inaudible para sensibilidades más torpes.

Pero al observador corriente, al hombre gris, escuchando al escritor y mirando al Crucificado, le asalta la duda, la estremecedora duda, no de si es posible pensar mas allá de la

muerte, sino si seremos algo distinto a frágil materia que, por azar extraño, adquirió la no menos extraña y sorprendente facultad de soñarse diferente y capaz de vencer un final que aparece, siempre, como inesquivable y definitivo.

¿Qué piensas Tú, Cristo, desde esa tremenda y hosca soledad de frío y silencio? ¿Qué nos dices desde esa quietud helada, sin pulso y sin energía? ¿Qué nos señalas desde ese destierro, sin estímulos ni deseos? ¿Se puede ahí, en verdad, pensar? ¿Se percibe uno como ser? ¿Existe posibilidad de escapar, de alguna manera, a la enorme fuerza gravitatoria de ese especial agujero negro de la muerte que, con creciente aceleración, nos arrastra a su incomprensible fondo abismal? ¿Desaparece todo allí, convirtiéndose en informe montón de densos desechos?

Te miramos perplejos y, como al poeta, también nos sugieres —o nos infundes—, sugestivas esperanzas, pese a las mayores flaquezas, temores e incertidumbres que nos asaltan y oprimen. Como de transparente y limpia fuente fluye la Fe de Ti. Si no creyéramos que venciste a la muerte, la vida carecería de sentido, sería un grotesco espectáculo, vano y absurdo. El mundo, este mundo que nos anonada con su inmensidad y nos asombra con sus misterios y nos atrae y seduce con su belleza y complejidades, resultaría inexplicable y sin objetivo racional: una locura del caos más absoluto.

Pero no, Tú no puedes morir porque, como Tu reino, Tú no eres de este mundo. Descendiste hasta él para encender en nuestras mentes la luz de la ilusión y ahuyentar miedos. Nos has traído la convicción de que somos mucho más que un puñado de polvo o cenizas con aspiraciones de eternidad.

MIGUEL MOLINA